

DIOS, MARCA REGISTRADA



MECANOCLASTIA

ILYA U. TOPPER

**DIOS, MARCA
REGISTRADA**

UNA DEFENSA DE LA LAICIDAD

PRÓLOGO DE LUIS FERNÁNDEZ



MECANOCLASTIA, 14

Primera edición en Hoja de Lata: junio del 2023
Director de la colección Mecanoclastia: David Becerra Mayor

© Ilya U. Topper, 2023
© del prólogo: Luis Fernández, 2023
© de la ilustración de la portada: Iván Cuervo Berango, 2023
© de la fotografía de la solapa: Eva Chaves
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2023

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturias [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú
Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-18918-39-1
Depósito legal: AS 01437_2023
Impreso Sgraf, Meicende, A Coruña [España]



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

*Para Mimunt Hamido Yahia,
mora, laica, feminista.*

ÍNDICE

PRÓLOGO. Sobre el laicismo y las religiones, 13
por **LUIS FERNÁNDEZ**

TRÁILER: Muerte en París 25

I. EL DRAMA DE EUROPA

- 1. ¡Que vienen los moros!** 29
Los altavoces de Dios · El nuevo éxtasis · Sobre
árboles y tumbas · Paganos, concilios y brujas
- 2. La cruz de Europa** 48
Crucifijo contra Constitución · El fin de Occidente
· Dios en la Carta Magna · La ignorancia del pecado
- 3. Laicismo: ¿un sindiós?** 66
Quemaconventos y tragafrayles · Libertad, pestilente
error · El canciller de hierro · Laicismo, laicidad,
aconfesionalidad · Pagan ateos por pecadores

II. EL CONTINENTE MEDITERRÁNEO

- 1. Los moros de la Alhambra** 82
Si el Cid levantara la cabeza · El salvador de Occidente · Los siete de Regraga · Europa nació en Líbano · Del arrak de dátiles al Anís del Mono
- 2. El judío errante** 103
El tiro por la culata · Alemanes y españoles · Sionistas antisemitas · De cómo Israel acabó con los judíos · La expulsión inventada · Ancladas y bastardos
- 3. La desgracia de ser árabe** 132
El despertar que era un sueño · El secreto de 300 millones · Francia islamiza Argelia · La traición del panarabismo

III. LA GRAN MISIÓN

- 1. La fe usurpada** 148
El predicador y la espada · Maimónides en la mezquita · Dios ha muerto, viva Allah · Llega el *mahdi*
- 2. Barbudos de ayer y hoy** 161
La Revolución Verde · Suníes y chiíes · Herederos del Che Guevara · El trauma (sexual) de Colorado
- 3. Petroislam** 176
De Rambo a mesías · La santa alianza · El oro negro de Riad · El día que Nina Simone dejó de cantar

IV. EL RETORNO DE DIOS

- 1. Los dineros del imam** 192
Predicadores y maletines · Catar compra Europa
· Conversos contra Hermanos · Subvención al
salafismo
- 2. El velo exhibicionista** 212
La candidata de Podemos · El harén y la clase
· Póntelo, pónselo · Bebés sexualizados · Macron
contra la virginidad · De Montmartre al Mayo
- 3. Con la Iglesia hemos topado** 234
El coño insumiso · Un Salvador en la pizarra
· Pastores y concordatos · En misa y repicando

V. ¿REFORMA?

- 1. La revolución ausente** 256
El aprendiz de mago · Copérnico o Locke · Dios
y César · ¿Un islam ilustrado? · Hércules y Sísifo
- 2. La busca del antídoto** 275
El monje de Wittenberg · Las tesis de Ayaan
· Calvino, el salafista · La fe de los agnósticos
- 3. La leyenda de Mahoma** 289
La quema de Rushdie · Historiadores y creyentes
· Arabistas antediluvianos · Jesucristo en la mezquita
- NOTAS** 303

PRÓLOGO

SOBRE EL LAICISMO Y LAS RELIGIONES

Tras el estallido de una polémica por la no asistencia de la alcaldesa de Gijón, la socialista Ana González, a los actos religiosos de las festividades locales, el párroco de la iglesia de San Pedro expresaba en el periódico *La Nueva España* del 22 de junio de 2019 su disgusto ante la utilización del *laicismo* por parte de la corregidora de la ciudad como argumento para no participar en la ceremonia religiosa. Si nos remitimos al Diccionario de la Real Academia —antigua y definitiva fuente de información—, leeremos que tal vocablo significa «independencia del individuo o de la sociedad, y más particularmente del Estado, respecto de cualquier organización o confesión religiosa». Y ese disgusto (el de la independencia del Estado de cualquier confesión religiosa) llevaba al párroco de San Pedro a unas extrañas reflexiones sobre el Estado laico, la laicidad y el laicismo. A pesar de reconocer que «España es un país aconfesional o laico», le parecía al sacerdote que había que evitar el término *laicismo* porque «ese sustantivo, comúnmente, lleva consigo una cierta radicalidad, hostilidad o indiferencia». Afirmaba, además, con la seguridad que le da el poseer la verdad (la

de la verdadera fe), que «hoy ya se suele utilizar para hablar de las relaciones entre Estado-Iglesia otra palabra, *laicidad*, que puede ser positiva o negativa. Creo que le va mejor lo de “laicidad positiva” a la Constitución española porque habla de cooperar, no de “defender”». Y concluía: «Nosotros somos gijoneses creyentes, es más, con toda seguridad, somos primero gijoneses y luego creyentes».

Aunque no era su voluntad, la afirmación de este párroco sintetiza la esencia del laicismo: la ciudadanía es primero eso, ciudadanía. Y luego, a título individual, cada cual puede tener las creencias particulares que considere adecuadas. Pero como da la impresión de que se está jugando a difuminar los términos queriendo envolverlos en una nube de confusión, parece necesario dar respuesta a la pregunta ¿qué es el laicismo? para continuar buscando respuesta a ¿es diferente laicismo de laicidad?, ¿qué es un Estado laico?

De una forma muy simple, el laicismo es el movimiento que pretende alcanzar la laicidad en la organización del Estado, o lo que es lo mismo, trabaja para llegar a un Estado independiente de cualquier confesión religiosa. Para ello asume que la ciudadanía tiene que organizarse en torno a unas coordenadas exteriores a las religiones. Dicho de otra forma, para que un Estado pueda ser considerado como laico es necesario (pero no suficiente) que valore la libertad de conciencia por encima de los diferentes formatos de fe que existen en el mundo.

Su fundamentación es también muy simple. Es un principio elemental de la democracia que el poder (y, por lo tanto, la responsabilidad) está en las manos de la ciudadanía, de toda la ciudadanía. Y en la medida en que asumimos esa democracia no es admisible aceptar que la fuente del poder sea la concesión de un determinado dios a una comunidad concreta

generalmente en alianza con un poder físico (la cruz y la corona). Es imprescindible construir una estructura estatal exclusivamente humana con unas coordenadas que puedan ser aplicables de forma universal.

Visto desde otra perspectiva, las religiones no pueden ser la razón justificadora del orden social precisamente por su pertinaz dogmatismo, que reclama a cada una como la única verdadera y la responsabiliza de expulsar a las demás. Cuando se abre el foco en la percepción de la historia de la humanidad se observa la correspondencia de cada religión con sus circunstancias particulares, por lo que resulta manifiesta la necesidad de organizar la sociedad fuera del marco de todas las religiones. Y ese es el objetivo del laicismo: construir una estructura exterior, ajena a las religiones, donde pueda tener cabida en igualdad de trato toda la ciudadanía, independientemente de que profese alguna o ninguna religión (o, lo que es lo mismo, que pertenezca a una o a ninguna comunidad).

Hay un momento en el desarrollo de la humanidad en que la complejidad de las estructuras sociales construidas (donde lo fueron) demanda mecanismos especiales (herramientas culturales) para su coherencia y control. Es el momento de la aparición de las grandes religiones. Se convierten en la columna vertebral de las organizaciones sociales constituyéndose, simultáneamente, en poderosas armas para todos aquellos que intentan conducir su desarrollo. El control de los modos y las costumbres, apoyado en una narración, en una ficción justificadora de la situación presente, no solo facilita crear, organizar y controlar amplias comunidades con una supuesta historia común, sino que permite utilizar ese sentimiento de exclusividad como una herramienta poderosa para enfrentar unas sociedades con otras.

Una parte importante de esta obra de Ilya U. Topper está destinada a mostrarnos, a través de la presentación de hechos significativos, ese valor de las religiones como herramientas de cohesión social mediante la creación de vínculos intracomunitarios. La celebración conjunta de la ceremonia genera fuertes vínculos entre los participantes. Es entonces cuando se convierte en un poderoso punto de apoyo para ejercer el control sobre cada sociedad a través de sus ritos. Ya no es necesario conocer con detalle esa narración presentada como un dogma venido del más allá, generalmente escrita en un libro sagrado, que exige fe absoluta en sus afirmaciones. Basta con agrupar a los fieles a través del rito, quizá por eso le molestaba tanto al párroco de San Pedro que la alcaldesa, argumentando razones de laicidad, no asistiera a su bendición de las aguas.

En su función como fuerza cohesiva, las religiones se convierten en ritos, en ceremonias, en celebraciones. La romería en la isla de Büyükada, cinematográficamente narrada por Ilya Topper en este ensayo, nos permite hacernos una idea clara del papel de vinculación social que realizan las ceremonias comunitarias de origen religioso. Para controlar estos ritos se construye una narración que de alguna forma los enhebre. La mayor parte de los que participan en ellos desconocen muchas de las partes significativas de la narración que los justifica. Poco importa. Como dice Topper, «si millones de españoles consideran que cargar la Macarena en angarillas es propio de cristianos, aquello es cristianismo». O más rotundamente: «En el catolicismo mediterráneo, el rito ha remplazado a la fe, facilitado por un elemento clave: los fieles, aun cuando creen, no saben en qué están creyendo. Ni les importa».

Desde una óptica sociológica diferente, Jonathan David Haidt, profesor de Liderazgo Ético en la Universidad de Nueva York, afirma:

Un partido de fútbol universitario es una excelente analogía de la religión. Desde una perspectiva básica, si nos centramos en lo más evidente (es decir, el juego en el campo), el fútbol universitario es una institución extravagante, costosa y derrochadora que perjudica la capacidad de la gente para pensar racionalmente y deja un largo reguero de víctimas [...]. Pero desde una perspectiva sociológicamente informada, es un rito religioso que hace exactamente lo que se supone que debe hacer: que nos sintamos «parte de un todo».

Volvamos ahora a la organización del Estado. Aplacemos la consideración de las religiones como herramientas de control social y centrémonos en el hecho de que son hechos colectivos que, como herramientas culturales, agrupan a las personas acogéndolas en comunidades. Puesto que el poder satisfacer ese impulso de acogida es indudablemente un derecho humano (posiblemente responde a una herencia evolutiva, con forma de emoción, para el refuerzo de las colectividades), no puede existir un Estado laico que no respete la libertad individual de acogerse a una comunidad religiosa. O a ninguna (cuando la evolución cultural permite substituir el vínculo emocional por un concepto asumido racionalmente). Pero es imprescindible que cada comunidad acepte que el Estado es un marco exterior que tiene que garantizar que se respeten todas las creencias.

Aproximémonos a caracterizar ese Estado laico. En un primer paso puede resultar atractiva la propuesta de Taylor y Maclure de definir la laicidad como una modalidad de gobierno, destinada a permitir que los Estados respeten «por igual a individuos que tienen visiones del mundo y esquemas de valores diferentes». Para ellos la laicidad

descansa en dos grandes principios morales, el de la igualdad de trato y el de la libertad de conciencia, así como en dos procedimientos que permiten la ejecución de estos principios, a saber, la separación entre las iglesias y el Estado y la neutra-

lidad del Estado respecto a todas las religiones. Los procedimientos de la laicidad no son tan solo medios contingentes que nos podemos ahorrar. Por el contrario, son disposiciones institucionales indispensables.

Resulta un planteamiento atractivo por lo nítido de su configuración, pero que suele ser interpretado de forma restrictiva. Su afirmación «neutralidad del Estado respecto a todas las religiones» hace que se interprete con demasiada frecuencia que las «visiones del mundo y esquemas de valores diferentes» solo incluyan a las diferentes religiones reconocidas como tales.

Para incluir a todas las estructuras de creencias, incluso aquellas que no son religiones, es decir, a todas las personas, hasta aquellas que no se identifican con ninguna religión y, por lo tanto, no pueden formar comunidad, la filósofa Catherine Kintzler afirma que «el concepto de laicismo moderno [...] es un concepto político. Es una manera sin precedentes de pensar la asociación política [...] el laicismo no es una corriente de pensamiento entre otras. No tiene estatuto de corriente de pensamiento, sino que tiene estatuto constitutivo de la reunión o agrupamiento político». Y plantea que hay que ir más allá en la construcción de un Estado Laico: «No se trata de considerar las comunidades de pensamiento tal como existen en una sociedad dada y de construir una legislación que les permita flanquearse apaciblemente; se trata de producir un espacio que permita la libertad de las opiniones no solamente reales, sino también posibles».

Es destacable en la obra de Ilya Topper el análisis de la evolución de las religiones centrándose fundamentalmente en el islam y su relación con el cristianismo. O más exactamente en las distintas imágenes que desde las estructuras del poder so-

cial se han dado de ese islam. Para iniciar la narración de este ensayo, y tras relatar la matanza en la redacción de la revista *Charlie Hebdo* (doce muertos), Topper cita las palabras de Francisco I, papa de la Iglesia católica: «¡Pero si es normal! Es normal. No se puede provocar, no se puede insultar la fe de los demás. No se puede uno burlar de la fe». De las que concluye: «Si no lo sabíamos ya, ese día supimos que la vieja guerra entre moros y cristianos había terminado de forma definitiva. Cristianismo e islam ya no son adversarios. Son aliados firmes en un frente unido contra quienes valoran la libertad por encima de la fe. Contra el laicismo». Para ello es imprescindible aceptar que la ciudadanía tiene que organizarse en torno a unas coordenadas exteriores a todas las religiones.

Retomemos la consideración de las religiones como herramientas de control social, y volvamos a citar al profesor Haidt: «Todo aquello que une a la gente en una matriz moral que glorifica al grupo, al mismo tiempo que demoniza a otro grupo, puede conducir a la matanza moralista, y muchas religiones son muy adecuadas para esa tarea. Por lo tanto, la religión es frecuentemente un accesorio de la atrocidad, en lugar de la fuerza que la impulsa».

Aquí el trabajo de Topper, configurado por la presentación ordenada de un conjunto significativo de acontecimientos históricos, relatados con llamativa agilidad, es definitivo. Estableciendo una línea de avance desde el nacimiento del wahabismo, pasando por la alianza económica entre Riad y Washington hasta llegar a lo que denomina la compra de Europa por Catar (de esto saben mucho los aficionados al fútbol), presenta una cadena de hechos que configuran con nitidez el uso de la religión como arma de poder. Y lo hace, con ese carácter cinematográfico que caracteriza su obra, presentando de forma dinámica una sucesión documentada de hechos que permiten al lector verse rodeado por sus propias

conclusiones. Para resaltar esta forma diferente de considerar la religión, afirma: «Europa no tiene miedo al islam. Europa tiene miedo a la religión de Arabia Saudí». Pero Topper no se queda en una aguda mirada hacia atrás, hacia la historia. Apoyado en las ideas que ha construido en quien lo lee, pasa a analizar asuntos candentes del presente. Se plantea el problema del velo, campo de controversia entre los multiculturalistas y los comunitaristas franceses, lo que le permite asomarse al uso partidista del relativismo cultural. Y aquí toca un punto sensible de la izquierda: el complejo de excolonizadores que los lleva a aceptar cualquier planteamiento de crítica a la supuesta imposición cultural. Y en la marejada de este relativismo se pierden o al menos se debilitan los derechos universales. Todo se reduce a cuestiones de cada cultura en particular.

En los ámbitos progresistas, si entendemos como tales aquellos donde se genera el esfuerzo modificador de las culturas, cada día se acrecienta la sensación de culpa. Su origen está precisamente en la histórica concepción imperialista de la cultura occidental. Resultado: la presencia incontrolada del fantasma del relativismo cultural oculto en una nube protectora de interculturalidad.

Las posiciones conservadoras, aquellas que tienen como objetivo perpetuar los modos y costumbres, se suman a la crítica responsabilizando al esfuerzo de cambio de una inaceptable falta de respeto a los valores *tradicionales*, permitiendo su contaminación por los valores de *los otros*, necesariamente espurios. Ambos procesos tienden a mezclarse e incluso reforzarse.

La tensión en el lado progresista aparece cuando se observa con un cierto distanciamiento la verdadera realidad de la hipotética acción «civilizadora» de Occidente sobre el resto del mundo. La consciencia de la brutalidad de esa acción

colonizadora, la muestra de la verdadera motivación económica (explotación de todo tipo de recursos) oculta en el proceso, y la apropiación del concepto de *cultura* identificándolo erróneamente con la particular (local) de los colonizadores (apropiación apoyada en los dogmatismos religiosos) se van desvelando poco a poco. Es con el despertar a esa dura realidad de tanta injusticia cometida en nombre de una supuesta verdad indiscutible como ha crecido con fuerza este sentido de culpabilidad. Tras siglos de conquistar el mundo con la disculpa de «iluminarlo con la verdad», confundiendo lo local con lo general, hemos empezado a comprender lo relativo de las posiciones de cada comunidad y, avergonzados de nuestro imperialismo, tratamos de huir de él a toda prisa.

Como consecuencia, ese relativismo cultural avanza implacable.

Recurramos de nuevo al profesor Haidt, esta vez tras una estancia investigadora en la India:

Mis sentimientos durante las primeras semanas en Bhubaneswar oscilaron entre el *shock* y la disonancia. Cené con hombres cuyas esposas nos servían en silencio y luego se retiraban a la cocina sin dirigirme la palabra en toda la noche. Me dijeron que debía ser más estricto con mis sirvientes y dejar de agradecerles por haberme servido [...]. En resumen, estaba inmerso en una devota sociedad religiosa, segregada por sexos, estratificada jerárquicamente, y estaba resuelto a entenderla en sus propios términos, no en los míos.

Solo me llevó unas pocas semanas que mi disonancia desapareciera [...]. En lugar de rechazar automáticamente a los hombres como opresores sexistas y compadecer a las mujeres, a los niños y a los sirvientes como víctimas indefensas, comencé a ver un mundo moral en el que las familias, no los individuos, son la unidad básica de la sociedad, y los miembros de cada familia extendida (incluidos sus sirvientes) son intensamente interdependientes. En este mundo, la igualdad y la autonomía personal no eran valores sagrados. Sí lo eran honrar a los ancia-

nos, a los dioses y a los invitados, proteger a los subordinados y cumplir con los deberes correspondientes a cada rol.

El profesor Haidt expresa con académica claridad los fundamentos de esta ola que nos invade. Desde su posición de referente moral de una de las mayores fuerzas imperialistas de Occidente (se identifica como un joven ateo y liberal y declara haberle escrito discursos al presidente Obama), supuestamente arrepentido de su falsa superioridad, está dispuesto a asumir todas las situaciones (entiendo que en los demás), por injustas que sean, amparándolas en el inmenso velo protector (¿ocultador?) del relativismo cultural. Bajo ese ideario, los derechos universales dejan de existir. Una pregunta importante: ¿qué ocurriría si fuese una compañera de universidad la que se desplazase a ese mismo lugar para hacer esa misma investigación? ¿Obtendría las mismas conclusiones de la realidad sociológica que observa? A este profesor de liderazgo ético de una prestigiosa universidad en una ciudad que pretende ser el centro del mundo ¡ni se le ocurre pensarlo! En esa huida alocada, envueltos en el poderoso torbellino que todo lo relativiza y confundidos por él, olvidamos que, si asumimos como propuesta básica la igualdad de todas las personas basada en una imprescindible dignidad común (nadie nace para la esclavitud), aun siendo una propuesta de la denostada Ilustración europea, existen derechos que tienen que ser considerados como universales y no pueden interpretarse como determinadas características particulares de cada sociedad.

Por su parte, Topper elige la figura de Nora Baños, una joven catalana, gimnasta, hija de padre marroquí y madre catalana, que se presentó como candidata por Podemos a las elecciones europeas del 2019, y analiza su presencia como instrumento político de la izquierda. También aborda el problema de la libertad de expresión, tema con el que arranca

su obra analizando los asesinatos en la revista *Charlie Hebdo*, pero también toma como eje de análisis la gran procesión del Santo Chumino convocada por la Hermandad del Coño Insumiso, lo que le permite, siguiendo el rastro de las actuaciones judiciales, reflexionar sobre el carácter subjetivo del concepto de blasfemia y la indeterminación de esas actuaciones judiciales como consecuencia.

Asimismo, estudia la cuestión de las religiones en la escuela, partiendo de la idea inicial de que si hay una religión oficial en el aula, que es la cristiana, es mejor que haya alguna más, como el islam, para hacer contrapeso. Pero, tras estudiar los currículos, entiende que las clases de religión no están diseñadas para aprender, sino para reconocer y aceptar, y tras volver a reflexionar concluye que no debe haber clase de religión, de ninguna religión, porque no hacen contrapeso; se potencian: «Dios más dios son cuatro». Analiza la sumisión de la educación a la religión. En particular, se encuentra con que en España son los Acuerdos con la Santa Sede y no la Constitución el gran apoyo de esta. Hace una comparativa con otros países europeos. Y con la facilidad que le caracteriza construye un escenario del que el lector saca conclusiones.

Siguiendo esta línea, Topper acaba por hacer un rico recorrido por el presente al que hemos llegado desde la historia que nos ha permitido conocer. En este amplio trayecto, desde la profundidad histórica al presente, en el que no rehúye ninguna polémica, el autor construye uno de esos ensayos que te permite apreciar cómo cambias a través de su lectura. Y es que el conocimiento es el mejor mecanismo para promover esa evolución cultural imprescindible para avanzar en el tiempo.

Con mayor poder vinculante, pero con la misma necesidad de ser respetada por todas las creencias, el esfuerzo legislativo co-

lectivo redactó e intenta mantener actualizada una Declaración de los Derechos Humanos que puede servir como referencia general. Sea como fuere, lo que es imprescindible es asumir que no todo es relativo, que existen una serie de valores que el desarrollo cultural va incorporando como irrenunciables (resulta muy difícil defender hoy las ejecuciones públicas) y que es necesario trabajar permanentemente en la construcción de ese espacio común asumiendo con sentido crítico nuestras limitaciones, pero aceptando el reto kantiano. Y lo que resulta indiscutible es que en estas sociedades que nos hemos descubierto como multiculturales necesitamos dotarnos de un espacio común externo a cada forma cultural (individual o de comunidad) que, partiendo del respeto a sus particularidades, comprometa a todas en el reconocimiento básico a una norma común. Este último paso resulta más difícil cuando la vertebración de una cultura se realiza alrededor de un dogma, de una verdad considerada como absoluta por una supuesta revelación de un ser superior y registrada en un libro.

La gran noche del dominio de las religiones empieza a tener grietas importantes. Alguien se plantea que las religiones no pueden ser la razón justificadora del orden social precisamente por su pertinaz dogmatismo, que reclama a cada una como la única verdadera y la responsabiliza de expulsar a las demás (lo que no impide reconocer el valor de esas religiones como herramientas organizadoras). Cuando se abre el foco de la percepción de la historia de la humanidad se observa la relatividad de cada religión a sus circunstancias particulares (y se muestra con nitidez su utilización como herramienta de control social), por lo que resulta manifiesta la necesidad de organizar la sociedad fuera del marco de las religiones.

Aparece la necesidad de un Estado laico.

LUIS FERNÁNDEZ, presidente de ASTURIAS LAICA